aquí! Para quitarse la tara de «suspect», para hacer olvidar su origen, para hacerse perdonar el tiempo que fué bueno, sería capaz de mandarnos fusilar a todos los republicanos.

Y sin embargo, ese chico tuvo una juventud brillante. Era buen orador. No carecía de talento. Había ingresado en el partido del brazo de los correligionarios de más prestigio y con la etiqueta del federalismo más austero y rocalloso. Parecía que iba a ser íntegro como Wasginton, inflexible como Saint-Just, ganador de batallas como Hoche. Parecía que el cielo nos había enviado en su persona una de sus juventudes dionisiacas, una de esas chispas geniales que encienden hogueras en los hielos, que caen en las naciones como bólidos llenos del espíritu de devastación y de creación de Dios Todopoderoso. Protegido por Vallés y Ribot, a los veinticinco años escasos fué elegido diputado por Figueras. Y al poco tiempo se le nombró presidente de la Conjunción. No podía quejarse de la fortuna. Y sin embargo, el ambicioso mocito no estaba satisfecho. Las brujas de Macbeth turbaban su sueño casto y le decían al oído: «Salvatella, tú serás thane de Cadívor, Salvatella, tú serás monarca, digo, monárquico».

En efecto, al poco tiempo el joven pimargallista se olvidaba del pacto sinalagmático y bilateral, y se levantaba en el Congreso a hacer la apología de Maura. Luego, nos dijeron que iba por Madrid renegando de ser republicano, de ser catalán y hasta de ser hijo de la madre que lo parió. Después, supimos que vivía protegido por una mujer muy guapa, de mucho trapío y traperío, y que no salía de la Maison Dorée y de Fornos; y que en la corte era más popular que la Cibeles. Ultimamente nos enteramos de todas sus canalladas, de todas sus claudicaciones. Ahora que está de moda en Madrid el sacarle motes hasta al lucero del alba, es necesario que al ex-diputado por Figueras no le falte el suyo. Y así como a Rodés le llaman «Serafín el Pinturero» y a Rahola «El Asombro de Damasco» y a Nougués «El sapo enamorado», hay que designar a Salvatella con uno de estos alias: «El barbián de la Persia», «La frescura de Lafuente» o «Más chulo que un ocho».

A una hermana suya que cometió un desliz, el fosco e inexorable federal la echó de su casa con cien mil Belcebúes. La pobre muchacha cayó en la calle, y loca de desesperación, tomó una droga y se suicidó. Y sin embargo es lícito amar a un hombre. Es lícito hasta amar a todos los hombres, hacer del propio corazón el vaso en que todos los sedientos vayan a beber, ser como aquella santa, como aquella cien veces gloriosa Nefixa, que daba su cuerpo por limosna. Se puede entregar la propia carne al pico de todos los buitres, de todas las bestias de presa y de rapiña, dejarla prender en el tenedor de todos los que tengan hambre de ella. Puede una mujer regalar o abandonar lo que es suyo.

Lo que no es decente es perder la chaveta por un rey, es caer a los pies de los ganchos de la monarquía, es dejarse seducir por la vanilocuencia de Maura, es pasar del seno honrado de Pi y de Vallés al seno dorado de Romanones. Lo que es un crimen es engañar al pueblo, es vender un ideal, es entregar el espíritu, que vale más que el cuerpo, por un acta miserable. ¡Ah, si resucitara la pálida suicida, en qué carcajadas estallaría y cómo le ofrecería a su impío juez el veneno con que ella se corroyó las pecadoras entrañas! ¡Pérfido Catón, que te enmascarabas el rostro con una careta de falsa virtud, cuando todos saben ahora que abusabas del vino y que eras tú el que a altas horas de la noche salía de las mancebías con la túnica descompuesta y embozado hasta los ojos para que nadie te conociera.

ANGEL SAMBLANCAT.

(De *La Campana de Gracia*).

NOTA.—No podíamos dejar de copiar este artículo de Samblancat en el que se dice de Salvatella algo que no se había dicho aún, algo que evidencia la ruindad de su vida, la corrupción de su vida. Han quedado aún por este distrito de Figueras algunos republicanos de buena fé que creen una patraña cuanto se ha dicho de él, y tienen aún fé en el moseton gallardo que pasaba despreciativo y altanero por nuestro lado como Dios olímpico y han quedado también en este distrito otros Salvatellistas titulados republicanos, gentes de mala fé que han hecho servir siempre la política para mangonear a su gusto el presupuesto municipal y beneficiarse de él y de otras cosillas.

Es por esto que hemos copiado ese artículo de Samblancat, para que se desengañen los unos, y para que no engañen los otros, para echar al rostro lacayuno de algunos secuaces de Salvatella todo el anatema que significan estas columnas en donde se presenta a su idolo Salvatella viviendo a costas de una modistilla de fama como vil *macarrón* de music-hall y revolcándose en los lupanares y antros de vicio como el más degenerado de los hombres, para despues querer poseer todas las grandezas y todas las austeridades.

Si al iniciarse en Figueras la disidencia del partido republicano Salvatella no podía ir con otros que con vosotros, los disidentes, los republicanos de opereta, los que no tuvisteis escrúpulo de robar el plebiscito, como Salvatella no lo ha tenido ahora al prostituirse a la monarquía.

Salvatella es una piltrafa de podredumbre. ¿Qué pueden ser los que continuan aún enamorados de él?